

SERVICIO FUNERAL DE LA FRATERNIDAD ROSACRUZ

El oficiante enciende la luz del Emblema y descubre éste. A continuación dice:

- Mis queridos hermanas y hermanos, que las rosas florezcan en vuestras cruces.

Los asistentes responden:

- Y en la tuya.

El oficiante lee:

-Dediquemos un momento de meditación silenciosa a pensamientos de amor, de paz y de tranquilidad.

Siguen unos momentos de meditación.

El oficiante lee:

“Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto a los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza. Porque, si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios lleva consigo a quienes murieron en Jesús.

Pero, - dirá alguno - ¿cómo resucitan los muertos? ¿con qué cuerpo vuelven a la vida? Lo que tú siembras no es el cuerpo que será, sino que Dios le dará un cuerpo a su voluntad: a cada uno, un cuerpo peculiar.

No toda la carne es igual, sino que una es la carne de los hombres, otra la de los animales, otra la de las aves, otra la de los peces. Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres. Pero, uno es el resplandor de los cuerpos celestes y otro el de los cuerpos terrestres. Uno es el resplandor del Sol, otro el de la Luna, otro el de las estrellas. Y una estrella difiere de otra en resplandor. Así es también la resurrección de los muertos: Se siembra en la debilidad

y se resucita en la fortaleza; se siembra en un cuerpo natural y se resucita en un cuerpo espiritual” (*Epístola a los Corintios, 15:35-44*)

Una de las pruebas del valor de la religión lo constituye el alivio que nos proporciona cuando el dolor y la pena nos afligen el corazón, especialmente en el momento de la separación final de nuestros seres queridos. Cuando la muerte recolectora golpea, cuando place a Dios dar fin a la vida presente de nuestros parientes y amigos, cuando nuestros recursos humanos se han agotado, acudimos a la religión en busca de valor y fortaleza para soportar el peso de nuestra gran pérdida y de nuestro dolor.

¿Cómo sirven a estos propósitos las Enseñanzas Rosacruz? En primer lugar, nos enseñan que la muerte no es el fin y, luego, que, bajo la Ley de Consecuencia, el fruto de nuestros actos en esta vida, buenos o malos, ha de ser recolectado, pues la Biblia dice: “*Lo que el hombre siembra, eso recoge.*”

Sabemos que es tan imposible anular nuestras acciones, buenas o malas, saliendo simplemente de este cuerpo, como lo es el compensar a nuestros acreedores con el mero sistema de irnos a vivir a otra ciudad. Las deudas permanecen y, algún día, en algún lugar, deberán liquidarse.

Nos alegramos cuando un alma nace, o sea, cuando se envuelve en una cubierta de arcilla; pero lloramos cuando abandona esa forma; y ello, porque no nos damos cuenta de que esa conducta nuestra es, precisamente, la contraria de la que deberíamos observar. El espíritu queda aprisionado en este vestido de barro en el momento de su nacimiento en el mundo físico, para estar sometido durante muchos años a las penas, dolores y enfermedades de los que la carne es heredera. Esta existencia física, sin embargo, es necesaria para que el alma pueda aprender sus lecciones en la escuela de la vida.

Si hemos de llorar, deberíamos hacerlo cuando el espíritu nace en este mundo, y deberíamos alegrarnos cuando la muerte viene a libertarlo de los dolores y calamidades de la existencia física. Si pudiéramos ver y comprender el alivio que nuestros seres queridos experimentan al quedar libres del cuerpo sufriente, nos alegraríamos en verdad y dejaríamos de llorar. Pensad en una pobre alma que ha estado encadenada al lecho del dolor, cuando

despierta en los mundos invisibles, en los que puede moverse libremente, sin límites y sin dolor. ¿No deseáramos a esa alma un feliz viaje en vez de llorar su partida?

Dios ha querido llamar a nuestro/a amigo/a (*se dice el nombre del fallecido*) para un trabajo mayor en campos más amplios, en otro mundo, en el que no tiene necesidad de un cuerpo físico y por eso lo ha abandonado.

El oficiante leerá o pronunciará ahora unas palabras dedicadas al fallecido.

Luego continuará:

Lo mismo que el niño va a la escuela, día tras día, para adquirir conocimientos, con noches de descanso entre cada dos días de clase, mientras desarrolla un cuerpo desde la infancia hasta la edad adulta, el espíritu asiste a la escuela de la vida durante una serie de días-vidas, y habita una serie de formas terrenas, de creciente perfección, en las que va adquiriendo experiencias. Como Oliver Wendell Holmes dice:

“

*Constrúyete más sólidas mansiones, alma mía,
mientras pasan raudas las estaciones;
Deja atrás tu pesado cuerpo.
Que cada nuevo templo,
más noble que el anterior,
te separe de los cielos con una bóveda mayor,
hasta que seas totalmente libre
y abandones tu caparazón, demasiado grande,
en el mar de la vida sin fin...”*

Sabemos que nuestro/a amigo/a (*se repite el nombre*) volverá algún día, en algún lugar, con un cuerpo mejor y más dotado que el que ahora ha abandonado. Sabemos que, bajo la inmutable Ley de Causa y Efecto, ha de volver para que, mediante repetidas vidas y amistades, su naturaleza amorosa se expanda y se sumerja en un océano de amor.

Para nosotros, la muerte ha perdido su aguijón, y no porque seamos insensibles o queramos menos a nuestros amigos y parientes, sino porque estamos convencidos de tener pruebas de que la muerte no existe.

No tenemos motivos para estar tristes porque el Cordón de Plata se haya roto y nuestro/a amigo/a (*se repite su nombre*) haya de volver al polvo, de donde vino, pues sabemos que su espíritu está ahora más vivo que nunca y está aquí, entre nosotros, aunque la mayor parte de nosotros no podamos verlo.

El vestido que su espíritu utilizó lo entregamos (*al fuego o a la tierra, según el caso*) para que se descomponga en sus elementos constituyentes, en virtud de la alquimia de la naturaleza.

Como el poeta Arnold dijo:

*Nunca el espíritu nació
y nunca dejará de ser.
Nunca hubo un tiempo en el que no existiera.
Principio y fin son sólo sueños.
Ni nacido ni muerto permanece el espíritu para siempre.
La muerte ni siquiera lo ha tocado,
aunque su casa ya parezca muerta.
Como se abandona un traje usado
y se viste otro nuevo
diciendo: "Hoy usaré éste,"
así el espíritu abandonó
su traje de carne
para heredar
una nueva residencia.*

Elevemos una oración, pidiendo la ayuda de Dios, para que nuestro/a amigo/a (*se repite el nombre*) recorra rápidamente el sendero que lo llevará a un nuevo trabajo al otro lado del velo.

Los presentes meditan unos momentos mientras el oficiante permanece de pie en el Estrado.

Los asistentes cantan la última estrofa y el estribillo del Himno de Clausura.